

MAYO





El Dragon Khan, la primera montaña rusa en la que me monté, tiene una bajada de cuarenta y nueve metros por la que la vagoneta desciende a ciento diez kilómetros por hora. Es un hecho, lo leí en la *Guía oficial de Port Aventura*, el parque donde se encuentra, y lo sentí en mis huesos, bueno, básicamente en mi estómago. No vomité al bajar, porque habíamos ido al parque de excursión con la clase del instituto, pero me temblaron las piernas durante horas y decidí no volver a subir en la vida.

Las montañas rusas no son lo mío.

O no lo *eran*, a juzgar por cómo es mi vida desde el pasado enero, una auténtica y descerebrada montaña rusa que ni el mismísimo Mickey Mouse querría para ninguno de sus parques de atracciones. Tal vez debería planteárselo, podría ser una campaña de *marketing* muy interesante: «Ven, sube a nuestras montañas rusas y perderás el miedo a las entrevistas de trabajo o a tener una reunión con tu ex».

Ahora mismo mi estómago y yo preferiríamos estar en lo alto del Dragon Khan a tener que cruzar la puerta de la sede de Olimpo en Barcelona.

¿Cuánto tardaría en llegar a Tarragona? ¿Port Aventura estará cerrado por vacaciones?

Sacudo la cabeza, no puedo quedarme aquí plantada en la calle todo el día, tengo cosas que hacer. Cientos de cosas, entre ellas resolver lo de esta reunión cuanto antes para poder irme a La Rioja. Víctor me está esperando para pasar un fin de semana

«único», sí, esa fue la palabra que utilizó ayer y otras en las que ahora no puedo pensar o entraré más acalorada y acelerada de lo que ya estoy. Aunque, a decir verdad, pensar en Víctor me ayuda.

Cojo aire y lo suelto despacio, puedo hacer esto. Por supuesto que puedo hacer esto. Puedo hacer esto y muchísimo más. Puedo hacer todo lo que me proponga. Entraré, tendré esa estúpida reunión, grabaré el vídeo del chico de abril y me subiré al Dragon Khan dos veces antes de desayunar. Claro que sí.

Los discursos de motivación de Jorge empiezan a afectarme. Jorge es el chico de febrero y va en camino de convertirse en uno de mis mejores amigos o asesor espiritual, como a él le gusta llamarse. Víctor es el chico de marzo y él va en camino de convertirse en mi... ¿mi qué?

Cuando le conocí le comparé con un leñador, porque es altísimo, siempre va mal afeitado y le encantan de un modo extraño las camisas a cuadros. Y lo cierto es que, después de pasar la noche juntos el día de Sant Jordi, le llamo *leñador* de un modo cariñoso y a él le encanta, finge que le molesta, pero sonrío y me coge por la cintura y me besa. Él me llama *mena*, nunca pensé que me gustaría, pero el modo en que me mira cuando dice esa palabra me pone el estómago del revés. Algo también parecido a las montañas rusas, pero en el buen sentido.

El chico de abril, del que me he despedido esta mañana, es Bernal y de momento no le definiría como un amigo, está más perdido que yo y eso es decir mucho, claro que tengo el presentimiento de que él conoce el camino para salir del lío en el que se ha metido.

Bernal, por eso estoy aquí, para grabar el vídeo del mes de abril y para tener una reunión con mi jefe.

Sí, mi jefe.

Salvador Barver, el chico de enero, el inmaduro, estúpido, egoísta, zumbado, tarado con el que me lié y del que creí que me había enamorado. Sí, lo sé, no se puede ser más cliché. Pediría disculpas,

pero estoy ocupada dándome patadas en el culo por haber sido tan idiota.

Metí la pata, cometí un error, un error garrafal, ¿pero en esto consiste este año, no? En cometer errores, aprender de ellos y en descubrir quién soy de verdad.

Cojo aire y cruzo la puerta de la entrada. Yo no tengo de qué avergonzarme, estuve con él, me atreví a ser sincera después de que Rubén, mi ex, me dejase por Instagram y de que todo el país me viese en Youtube despotricando contra los hombres de este país. Nadie puede acusarme de ser una cobarde, ya no. Me atreví con Salvador y él me dijo que sí, y después que no, y después que sí otra vez, y después que no, y vuelta al sí y entonces, cuando creía que la vida era perfecta y maravillosa, va el muy cretino y me deja en medio de Paseo de Gracia en una escena que podría estar sacada de *Love Actually* (si *Love Actually* fuese una película de terror).

Tendría que haber una norma que prohibiese pedirle al chico o a la chica que dejas que sea tu amigo. Y tendría que fulminarte un rayo si te atreves a humillar a alguien, romperle el corazón y después decirle: «Pero quiero que nos comportemos con normalidad en el trabajo». A Salvador no le fulminó ningún rayo el día que me dijo esas cosas, justo después de recordarme que no me quería (algo que yo le había confesado escasos segundos antes).

Es agua pasada.

Salvador me mandó un mensaje pidiéndome que nos viéramos y yo respondí (haciéndome la tonta) que por supuesto que nos veríamos, que ya teníamos programada la reunión de hoy. El tono de su mensaje no era profesional y no sé si quería hablar de nosotros o del tiempo, pero fuera lo que fuese, no insistió. Típico. Probablemente recordó que no está interesado en mí.

Entro en el ascensor y cierro los ojos. Ya han pasado algunos días y yo estoy mejor así. Estoy muchísimo mejor. Creo que por fin me siento cómoda en este proyecto; *Los chicos del calendario* no consiste en buscar a míster España ni tampoco es una cita a ciegas

constante. *Los chicos del calendario* está sirviendo para que muchos chicos y chicas demuestren que tienen la cabeza bien puesta y que, como dice mi hermana Marta, «no estamos tan mal». Aparte del candidato con el que pase cada mes, se me ha ocurrido que en la revista y en las redes sociales podríamos ir presentando a distintos chicos que hayamos descartado, pero cuyas historias también puedan resultar interesantes a nuestros lectores.

Quizás aún no he encontrado al ganador del concurso ni sé qué causa, fundación u ONG se llevará el premio, pero empiezo a entender que hay mucha gente que vale y que compensa hacer el esfuerzo de conocerla y de dejar que te conozcan. Incluso gente como Salvador, supongo, porque sin él este proyecto no habría empezado.

El ascensor se abre en la sexta planta, de momento no me he encontrado a nadie. Mejor, suspiro tranquila, así podré repasar el texto que he garabateado durante el viaje de regreso de Galicia a Barcelona. He quedado con Abril dentro de unas horas, antes hablaré con Salvador, y después mi vida volverá a la normalidad.

Igual que el Dragon Khan, subir, anudar el estómago, contener las ganas de vomitar, bajar y seguir adelante. Pan comido.

Abro la puerta del despacho y el estómago me baja a los pies. El Dragon Khan ese es muy traidor, quiero decir Salvador, que está allí cuando se supone que tenía que estar en su casa.

«No pienses en su casa».

—Oh, lo siento, he entrado sin llamar.

Él se levanta de inmediato, estaba sentado escribiendo algo en el ordenador. Se quita las gafas y las sujeta como cuando está nervioso.

—No, por favor, no. Este también es tu despacho.

—Tienes razón. —Tiene toda la razón, este también es mi despacho, al menos en lo que queda de año, no debería comportarme como si no tuviera que estar aquí—. Buenos días, pues.

—Buenos días.

Camino hasta mi mesa, mi bote de lápices está en el lugar exacto en el que lo dejé, aunque es evidente que durante las semanas que no he estado le han quitado el polvo. Todavía tengo pósits de colores pegados en el monitor y seguro que si abro el primer cajón encontraré uno o dos paquetes de chicles a medias. Cuelgo el bolso en el respaldo de la silla y me quito la chaqueta sin mirar de nuevo a Salvador. No hemos quedado hasta dentro de una hora y tengo intención de fingir que no existe hasta entonces.

—¿Vas a ignorarme hasta la hora de nuestra reunión?

Me cae el papel que estaba leyendo al suelo, lo recojo muy dignamente.

—Sí, es exactamente lo que voy a hacer.

—¿No te parece una tontería?

—No exactamente.

Deja las gafas en la mesa y se acerca a la mía. Le veo abrir los ojos, no sabe qué hacer. Reconozco que me gusta alterar a Salvador, se lo tiene merecido.

—Todavía estás enfadada por lo que sucedió el día de Sant Jordi.

Se refiere al 23 de abril, el día que me dijo bajo la lluvia que no me quería, que no sentía nada por mí y que entendía que yo hubiese malinterpretado lo que había sucedido. *Malinterpretado*. Y una mierda, lo interpreté perfectamente.

—No estoy enfadada. No hemos quedado hasta dentro de un rato y me sorprende encontrarte aquí. Eso es todo. No querría que *te dejases llevar* y que celebrásemos nuestra reunión fuera de horario.

—No tendría que haberte dicho eso, lo siento.

—¿El qué?

—Que me había dejado llevar. Fue una estupidez.

—¿Hacerlo o decírmelo?

—Candela. Por favor. —Se pasa las manos por el pelo—. ¿No podemos volver a empezar?

—No, no podemos. Esto no es un jodido videojuego, Salvador. La cagaste. La cagué. La cagamos y ahora vamos a seguir jugando. Hablaremos en la reunión, así ninguno de los dos corremos el riesgo de *malinterpretar* nada. Ahora mismo, si me lo permites, tengo mucho que hacer.

No tengo ni idea de lo que voy a hacer, estoy tan alterada que tendré suerte si consigo encender el ordenador.

—Está bien. Tú ganas. Hablaremos en la reunión.

Durante un segundo respiro aliviada. Salvador se dirige hacia la puerta; con algo de suerte saldrá y me dejará sola hasta entonces. Él debe sentir que le estoy observando, porque se detiene y cambia de opinión. Camina hasta su mesa y se sienta, echa la silla hacia atrás, se pone las gafas y con las manos entrelazadas sobre el estómago se dispone a mirarme.

Lo hace para ponerme nerviosa y está funcionando. Jamás tendría que haberle dicho el efecto que me produce verle con gafas.

—Quítate las gafas, solo las necesitas para leer o para ver la tele.

—Estoy bien así, gracias.

Si las miradas matasen, ahora mismo Salvador estaría en peligro de muerte. Enciendo el ordenador y rezo para que llame alguien o para que alguien, cualquiera, entre en el despacho.

—No puedo creerme que no tengas nada que hacer, Salvador. Se supone que diriges Olimpo, seguro que tienes mil asuntos que atender.

—Ahora mismo no.

—Te estás portando como un niño pequeño.

—Mira...

—Si dices «mira quién fue a hablar», no respondo, Salvador, lo digo en serio.

Desvío de nuevo la mirada hacia la pantalla, pero él sigue sin moverse con los ojos fijos en mí y apenas sin respirar. Parece estar muy concentrado observándome, prestándome atención. Igual que hacía en enero. Por eso pensé que le importaba, por suerte ahora sé que no.



—Está bien, Salvador. Hablaremos ahora —concedo resignada porque temo estar a punto de lanzarle el bote de lápices a la cabeza—. Cuanto antes resolvamos esto, mejor. Tengo que prepararme para grabar el vídeo del chico de abril.

Además, no quiero que él crea que me estoy haciendo la interesante y así dejo de darle vueltas al tema. Igual que la bajada del Dragon Khan, un par de minutos de sufrimiento y a pasear por el parque hasta que se me pasen las náuseas. Lo nuestro, fuera lo que fuese, ha acabado y tenemos que portarnos como profesionales, así que uno de los dos debería empezar a dar ejemplo. Y voy a ser yo.

Salvador vuelve a levantarse y a acercarse a mí.

—La noche del 23 de abril, en la fiesta de Olimpo, nos cruzamos en el ascensor cuando te ibas.

—Sí, lo recuerdo. ¿A qué viene esto?

—Viene a que quiero decirte que no estaba ni estuve ni estaré jamás con esa mujer con la que me viste.

Trago saliva, odio que me duela ese comentario.

—Puedes estar con quien quieras, Salvador, a mí no tienes que darme explicaciones. ¿Eso es todo? ¿Por eso querías verme y hablar conmigo? Creía que era por temas de trabajo.

—No estaba con ella, Candela. Ni con ella ni con nadie.

Le aguanto la mirada.

—¿Y por qué me lo cuentas? Entre tú y yo no hay nada, Salvador.

—Joder. —Se aparta y camina hasta la ventana donde apoya la frente—. Me encontré con Bernal más tarde; él volvió a la fiesta después de que tú te fueras. Me dijo que te había visto con Víctor.

Me levanto de la silla sin pensar, más que sin pensar me hierve tanto y tan rápido la sangre que tengo que ponerme en pie.

—¿Estás celoso? ¿Este numerito es porque tienes celos de Víctor?! Tú no estás bien, Salvador, no estás bien.

Él tensa los hombros.

—Tienes razón, no lo estoy. —Se da media vuelta—. No importa si estoy o no celoso —afirma mirándome de nuevo a los ojos, aguan-

tando todos los insultos que no le he dicho, pero que son evidentes en mi mirada—. No importa. Solo necesitaba que supieras que entre esa mujer y yo no hay nada.

—De acuerdo, pues ya lo sé. ¿Eso es todo lo que querías decirme? ¿Por eso me mandaste ayer un mensaje diciéndome que necesitabas verme? Porque no me dirás que te referías únicamente a la reunión de control de *Los chicos del calendario*.

—Me preocupo por ti, Candela.

Me río mentalmente. Esta conversación se está convirtiendo en una broma de mal gusto.

—No lo hagas. En serio. Insisto en que no lo hagas.

Él vuelve a apartarse.

—Creo que no voy a poder evitarlo. Bernal insinuó que te habías ido con Víctor por despecho y que...

—No tengo ni idea de qué te dijo Bernal ni por qué, no sé qué pudo ver, la verdad, pero te aseguro que ese chico es pésimo juzgando a la gente, créeme. He estado un mes con él en Muros y lo suyo son las piedras, no los seres humanos. —Voy a matarlo en cuanto vuelva a verle. ¿Cuándo me vio con Víctor? ¿Me vio con él o está haciendo de Celestina para vengarse de todas las veces que yo he intentado hacer lo mismo con él y Manuela?—. Bernal no tiene ni idea de lo que pasó la noche de Sant Jordi. Pero te aseguro que el despecho no tiene nada que ver con lo que hice o dejé de hacer, ni con quien.

—¿Entonces es cierto? ¿Tú y Víctor estáis juntos?

—Mira, Salvador, tú has sentido la necesidad de decirme que entre la Barbie esa y tú no hay nada. Genial, no sé por qué lo has hecho, pero vale. Felicidades por tener cierto criterio. Yo no siento la necesidad de contarle mi vida al primero que pasa.

—¿El primero que pasa?

—Bueno, es un decir. —Está tan enfadado que incluso se ha sonrojado—. No te preocupes por mí. No me hace falta. No quisiera *confundir las cosas*. Hablemos de trabajo, de los próximos chicos del calendario, de tu hermano, si te apetece, pero nada de ha-

blar de ti ni de mí. A estas alturas es más que evidente que sería absurdo..

Él vuelve a la mesa, pero no se sienta en su sitio, se queda de pie.

—No quería hacerte daño, Candela, y no quiero que te lo haga nadie.

La puerta se abre y aparece Abril, que también ha llegado antes. Mi mejor amiga acaba de evitar que le preguntase a Salvador por qué me hizo daño si sabía que me lo hacía.

—¿Estás lista para grabar el vídeo del chico de abril, Cande?

—Claro, dame unos minutos, ¿quieres?

Salvador no le dice nada a Abril, pero a ella parece no importarle.

—Por supuesto. Baja en cuanto estés lista, ya lo tengo todo preparado.

Cierro el cuaderno con mis notas y cojo el móvil y el bolso. Podría irme así sin más, grabar el vídeo, ir a la reunión que tenemos después con los de *marketing* y terminar el día sin decirle ni una palabra más a Salvador.

Pero no lo hago.

—Supongo que nunca entenderé qué pasó esa semana de abril, cómo pudieron cambiar tanto las cosas. —Él levanta la cabeza para mirarme y los ojos le brillan de un modo distinto, es como si de repente tuviesen luz cuando antes estaban apagados—. Y no lo entenderé porque tú no vas a contármelo, Salvador. Y yo no voy a volver a preguntártelo. Se supone que el amor es bonito y me imagino que no tendría que ser tan difícil; si lo es, algo estamos haciendo mal. O no somos las personas adecuadas para intentarlo o no es el momento adecuado. No lo sé. Pero nos quedan ocho meses por delante, ocho meses en los que tendremos que vernos, aunque sea solo unos días, y trabajar juntos. Puedo hacerlo, Salvador. Quiero hacerlo. Tú tienes que seguir con tu camino y yo con el mío, eso es todo. Nada de mensajes ni de correos ni de nada. Solo trabajo. Solo *Los chicos del calendario*. ¿Entendido?

—Entendido.

Suelto el aliento e intento sonreírle. Estoy hecha un flan, pero me siento muy orgullosa de mí misma.

—Bien. Voy a grabar el vídeo, nos vemos luego.

—Hasta luego, Candela.

No sé si estoy del humor más adecuado para grabar un vídeo, aunque en cierta manera esta confusión e ilusión e incluso la alegría y la pena que siento por haber hablado por fin con Salvador son las emociones perfectas para explicar a los seguidores de *Los chicos del calendario* qué me ha parecido Bernal.

## 2

—¡Hola! ¿Os estáis preguntando si el chico de abril ha conseguido hacerme cambiar de opinión sobre los hombres de este país? Pues dejad de hacerlo; no lo ha conseguido. Los hombres de este país sois un desastre y las mujeres también para lo que viene al caso. ¿Por qué nos cuesta tanto decir la verdad? En serio, ¿por qué?

Estamos en mi antigua mesa de *Gea*, Abril lo ha preparado todo antes y ahora me está mirando confusa desde detrás de la cámara. Parpadeo e intento centrarme.

—¿Por qué tenemos tanto miedo a reconocer que hemos metido la pata y que nos hemos comportado como unos idiotas? Mirad a Bernal, por ejemplo, hace unos años la cagó con la chica que quería. Metió la pata hasta el fondo y él lo sabía, se dio cuenta y ¿qué hizo después? Pues acostarse con todo bicho viviente. En serio, cero criterio selectivo. Cero. El «quita bicho» no existía para él. Oh, y si esa chica, la que él quería y dejó marchar por comportarse como un... como un idiota, estaba cerca para verlo, mejor que mejor. ¿A que tiene lógica? No, no tiene ninguna. Vamos a ver, niños y niñas, lo de tirar de las coletas de la niña que te gusta se supone que lo dejamos en la guardería y lo de mirar por encima del hombro al niño que nos hace tilín, también.

»Maduremos todos un poco, hombre, que si no nos exterminaremos. Hemos inventado mil y una maneras de comunicarnos; Bernal me ha enseñado que incluso en la Prehistoria nues-

tros antepasados se dejaban mensajes dibujando, tallando las piedras. ¿Somos capaces de mandar satélites al espacio por si un pobre extraterrestre quiere ponerse en contacto con nosotros, y no somos capaces de decirle a la persona que nos gusta que él o ella es importante para nosotros? Anda ya, tenemos que espabilar. Un inciso, E.T., si estás viendo esto, no vengas. Estamos locos, solo conseguiremos liarte la cabeza, quédate donde estás.

»Tengo que reconocer que, a lo largo de las semanas que he pasado en Muros con Bernal, él ha espabilarado. Bernal me ha demostrado que sí, que el hombre aprende de sus errores. O ciertos hombres. De él también he aprendido que en ocasiones tengo que ser menos seria. Jorge, el chico de febrero, ya me toma el pelo con que soy demasiado neurótica, aunque yo prefiero definirme como precavida, y Víctor, marzo —creo que no puedo evitar sonrojarme—, insiste en que no puedo controlarlo todo. En todo caso, Bernal me ha enseñado a divertirme. Gracias, Bernal, bebes como si fueses miembro de una *boy band*, es decir, no sabes beber, pero me ha encantado jugar al «yo nunca» contigo y, si sigues portándote como un ser humano civilizado, estoy segura de que nos haremos grandes amigos.

»Y ahora, redoble de tambores, ha llegado el momento de anunciar quién es el chico de mayo y qué ciudad visitaré. Hemos recibido muchísimas propuestas, gracias. Gracias. Sois los mejores. Nos ha costado muchísimo decidirnos y estamos buscando la manera de hacer algo con los chicos que descartamos. Ojalá tuviera mil vidas y tiempo de conocerlos a todos, pero a no ser que mi gato de la suerte tenga un as en la manga y poderes mágicos, no voy a poder. El chico de mayo vive en Madrid y se presentó él mismo como candidato. Mandó una fotografía de un perro y nos explicó que acababa de rescatarlo y que nos escribía porque estaba harto de que la gente maltratase y abandonase animales. Sí, yo también hice «ooooohhh» cuando lo leí. Se llama Javier y es veterinario. ¡Hola, Javier!

»Sigo con mi aventura, estoy impaciente por pasar los próximos días en Madrid con Javier, metiéndome en su vida e intentando averiguar si existe algún chico que de verdad valga la pena, aunque ahora que lo pienso tal vez todo sea cuestión de perspectiva o del momento, ¿no os parece? Tal vez la cuestión es encontrar a un chico o a una chica cuyo momento coincida con el tuyo y haga que este caos que es el día a día sea tan intenso que ya no te dé miedo montarte en el Dragon Khan.

»Otro día os cuento qué me pasa con las montañas rusas, os dejo que voy a hacer las maletas. Portaos bien, o no, en realidad. Chicas, portaos como os dé la real gana y, chicos, cuidado, que en cualquier momento puedo venir a visitaros. Adiós.»

Saludo con la mano hasta que Abril apaga la cámara y entonces me aparto el pelo de la cara para disimular lo nerviosa que estoy. No tendría que estarlo, Abril es mi mejor amiga, pero al parecer estos vídeos son una especie de confesionario para mí y siempre acabo contando más de lo que pretendo.

—¿Crees que podrás salvar algo? —le pregunto.

—Dudo que tenga que retocarlo, ha quedado genial, Cande. Lo visionaré una vez para asegurarme de que se ve y oye bien, pero por lo demás has estado perfecta. —Deja la cámara en la mesa y se acerca a mí. Todavía estamos solas, los empleados de *Gea* no tardarán en volver, les hemos pedido que nos dejasen la sala libre durante una hora y está a punto de terminar—. ¿A qué ha venido eso de las montañas rusas?

—Ya sabes que me dan un miedo atroz.

—Sí, lo sé, y también sé lo que es una metáfora. No solo soy una cara bonita, Cande.

—No eres tan bonita, Abril, no te pases.

Abril sonríe y se hace la ofendida.

—Vamos, te invito a un café.

—Acepto.

Salimos de *Gea*, Abril saluda a un par de personas en el ascensor mientras yo saco el móvil y lo pongo de nuevo en marcha,

pues lo he parado durante la grabación. Creo que esta vez me habrían avisado, pero no quería correr el riesgo de que Abril o los de *marketing* volvieran a hacerme lo del mes pasado y me hicieran una llamada sorpresa durante la grabación. En abril salió bien, dudo que ahora reaccionase del mismo modo si Víctor me llamase en directo.

Sonríó al pensar en Víctor y creo que me sonrojo.

—Te estás sonrojando, Cande. Tienes que decirme en qué estás pensando. O en quién.

Guardo el teléfono en el bolso y miro a Abril.

—Primero tú, en Sant Jordi apenas pudimos hablar. ¿Cómo están las cosas con Manuel?

—No están. Le he dejado. Manuel no lo entendió, se lo tomó muy mal en realidad, y yo ignoré sus llamadas y mensajes hasta que se cansó.

Entramos en la cafetería que hay al lado del trabajo; ni ella ni yo tenemos ganas de ir en busca y captura de un local de moda. Ese es perfecto para lo que tenemos que hacer: ponernos al día y desahogarnos. Es increíble lo mucho que puede echarse de menos a tu mejor amiga.

—¿O sea que pusiste a Manuel a prueba y ahora estás enfadada o dolida porque no la ha superado? —le pregunto mientras remuevo el azúcar.

—No le he puesto a prueba. Lo dejé. Punto.

—Eso no te lo crees ni tú, Abril. Le dejaste porque te agobiaba, te agobia —me corrijo— que él sea más joven que tú. Algo que es una soberana tontería, deja que te lo diga. Y ahora interpretas que él haya dejado de llamarte como la prueba definitiva de que tenías razón.

—La tengo. Ha dejado de llamarme. Es un inconstante.

—¿Él? ¿Él? Le dejaste tú, chica, yo el último día que vi a Manuel parecía estar dispuesto a todo para hacerte feliz, Abril. Eso es muy difícil de encontrar. Y te estás comportando como esos hombres



condescendientes que te abandonan con el rollo «no eres tú, soy yo» o con el «te mereces algo mejor».

Abril se queda callada unos segundos, temo haberme pasado de la raya, aunque para eso están las amigas, ¿no? Para grabarte un día medio borracha y colgarte en Youtube. Así fue como empezó esto de *Los chicos del calendario*, gracias en parte a Abril. Lo mínimo que puedo hacer ahora por ella es hacerle ver las cosas como son.

—Le echo de menos, Cande. Echo de menos a Manuel.

Alargo la mano y cojo la de ella. Suspiro aliviada al ver que no he metido la pata con mi mejor amiga, aunque me entristece verla así.

—Pues díselo.

—Lo he intentado —reconoce y aparta la mano—. Ha dejado el trabajo en el bar y no contesta el teléfono. La he cagado, Cande.

—A lo mejor solo necesita tiempo.

—No lo creo. Me porté como una loca con él. Dejemos de hablar de mí. Por favor. Estoy tan contenta de que pases el mes de mayo en Madrid, así podré verte más a menudo, o al menos intentarlo. Si quieres puedo ir todos los fines de semana, si el trabajo no me lleva a la otra punta del mundo.

Abril tiene muchos amigos en Madrid, incluso parte de su familia vive en la ciudad.

—Me encantaría. Te he echado mucho de menos estos meses. —Consigo hacerla sonreír—. Deja que me sitúe con Javier y vemos cómo nos organizamos.

—¿Ya has hablado con él, con el chico de mayo?

—Sí, ayer, parece muy simpático. La verdad es que el correo que nos mandó es precioso y la fotografía del perro es increíble, el pobrecito está muy malherido, pero hay algo en su mirada que te roba el corazón. Creo que después de Bernal es justo lo que necesitamos, un chico del calendario sin miedo a demostrar que es un ser humano.

—¿Y los de *marketing* te han dejado decidir sin más?

—Le mandé un correo a Barver con el nombre y los datos, y después otro a los demás. Supongo que después de lo que sucedió el día de Sant Jordi no se ha atrevido a llevarme la contraria. Dudo que el mes que viene me dejen elegir tan alegremente.

—¿Qué sucedió el día de Sant Jordi, Cande? Te quedaste en el restaurante a esperar a Barver, estabas impaciente por verlo, y en la fiesta no os dirigisteis la palabra. ¿Qué pasó?

No tengo ganas de recordar esa tarde, pero contárselo a Abril me hará bien. Ella sabe escuchar y da los mejores consejos del mundo, aunque quizá, si en diciembre del año pasado le hubiese hecho caso y hubiese seguido a Rubén al aeropuerto para insultarle, ahora *Los chicos del calendario* no existirían.

—Esperé a Salvador y cuando llegó le dije que le quería. Creía que me había enamorado de él.

—¿Solo lo creías?

Abril está pasmada y a la espera de mi respuesta.

—Da igual si lo creía o lo sabía, o qué sé yo. La cuestión es que Salvador me dijo que él a mí no y me pidió perdón; me dijo que temía que yo hubiese podido malinterpretarle.

—¿Malinterpretarle? ¿Cómo diablos se puede malinterpretar ese beso que te dio cerca de la catedral? Esto es como si Brad Pitt se te acerca, te mira y después te pide perdón por haberte hecho explotar los ovarios. No hay malinterpretación que valga, es instintivo.

—Bueno, Brad Pitt no está aquí.

—¿Y qué le dijiste a Barver?

—No lo recuerdo exactamente —es la verdad—. Le abofeteé y le ignoré en la fiesta.

—¿Y ya está?

Sonrió al pensar en Víctor, esa parte de la noche de Sant Jordi la recuerdo a la perfección.

—Estuve con Víctor. Estoy con Víctor —añado—. Creo que me gusta mucho, Abril.

—Deberías dejar de decir «creo» cuando en realidad quieres decir «estoy segura», Cande. Arriésgate, la vida son cuatro días y dos nos los pasamos en Hacienda.

—¿En Hacienda? Creía que ibas a decir durmiendo o algo así.

—Es que estos días estoy peleándome con Hacienda por unos papeles y no me los quito de la cabeza. Cuéntame lo de lo Víctor, ¿qué quiere decir que estás con él?

—Víctor es especial, Abril, es divertido, listo y quiere conocerme. Me gusta estar con él. No sé cuándo ni cuánto podremos vernos, yo estoy con *Los chicos del calendario* y él, ahora que por fin se ha dado cuenta de que su hermana Victoria puede hacerse cargo de la bodega mucho mejor que él, buscará trabajo de lo suyo. Quizá se marche a Estados Unidos. No sé qué pasará, pero es increíble saber que él está dispuesto a intentarlo.

—Me gusta Víctor, me gustó el día que lo conocí y todo lo que he visto de él desde entonces. Parece un tipo legal, sincero y no voy a pasar por alto que está buenísimo.

—En esa frase hay un pero, te conozco.

—Hay un pero.

—Suéltalo.

—¿Estás segura de que quieres estar con él porque es él?

—No estoy con Víctor porque Salvador me haya hecho daño, no le doy tanta importancia a mi ego. Sí, soy consciente de que ha pasado muy poco tiempo entre los dos. —Abril levanta una ceja—. Vale, lo reconozco, muy pocas horas. Pero en mi defensa diré que en marzo, cuando conocí a Víctor, ya me gustó y que, cuando me besó antes de que me fuera de La Rioja, ese beso me afectó más de lo que estaba dispuesta a reconocer entonces.

—No te estoy juzgando, Cande, si tú me dices que estás con Víctor porque él te gusta y no para vengarte de Barver ni para lamerte las heridas, te creo. Si él es el chico adecuado, tanto da que pasaran unas horas entre él y el anterior, no hay ninguna regla para eso. Y si a alguien no le gusta, que se vaya a la mierda.

—Estoy con Víctor porque me gusta.

—Entonces, felicidades, Cande, te mereces ser feliz.

—Gracias. Mañana me voy a Haro para estar con él antes de ir a Madrid. Ya veremos cómo van las cosas, no voy a montarme ninguna película. Una de las cosas que más me gustan de estar con Víctor es que no es complicado.

—¿Y cómo es?

Me arden las mejillas.

—Apenas hemos estado juntos. Dejando a un lado el mes que pasé con él cuando fue chico del calendario, solo le vi el pasado veintitrés de abril, pero... ¿te acuerdas de que lo llamaba «leñador»? Pues digamos que se merece ese apodo por más de un motivo.

—¡Cande! —se ríe—. ¿Lo dices por los troncos, por el hacha o por todo en general? Estoy escandalizada, mi pequeña se ha hecho mayor. Voy a llorar de emoción. Quiero detalles. Muchos detalles. —Le suena el teléfono y tiene que contestar. El trabajo de Abril no le permite ignorar llamadas en horario laboral—. Espera un segundo. Mierda —farfulla antes de contestar.

Por la conversación deduzco que tenemos que irnos y, mientras ella atiende la llamada, pago los cafés y voy poniéndome el abrigo.

—Lo siento, Cande. Tengo que irme. —Me da un beso en la mejilla. Estamos en la calle y ella para un taxi con la mano—. ¿Nos vemos luego? ¿Antes de que te vayas a Haro con el señor leñador? —Me guiña un ojo.

—Claro. Estaré en Olimpo un rato más, he quedado con Marta esta tarde y después me iré a casa. Llámame cuando termines y vamos a cenar o a tomar algo.

—Genial.

El taxi se lleva a Abril y yo entro de nuevo en el edificio. La sensación Dragon Khan ha desaparecido, tengo el presentimiento de que ahora ya puedo hablar con Salvador sin que me pase nada. Lo único que tengo que hacer es recordar que mañana veré a Víctor y que dentro de tres días estaré en Madrid con el chico

de mayo, dispuesta a conocer la ciudad y a un nuevo candidato de un modo distinto.

La reunión con Sofía y Jan empieza dentro de unos minutos. Tenemos una cada mes, nos reunimos Salvador y yo con el departamento de marketing para poner en común nuestras ideas sobre Los chicos del calendario y hablar de la estrategia que en principio seguiremos durante el mes siguiente. Al principio de cada reunión estoy un poco tensa, no voy a negarlo, me molesta que hablen de los chicos del calendario en ciertos términos, como si fuesen concursantes de un reality o coches de lujo, es decir, meros objetos. Quizá lo que pasa es que nunca me ha gustado compartir mis juguetes; en la guardería una niña me quitó una muñeca en el patio, mi muñeca, y mi madre tuvo que venir a buscarme porque yo intenté cortarle la coleta. No fue culpa mía que la profesora se hubiese olvidado unas tijeras tan cerca y que esa niña no tuviera respeto por la propiedad ajena.

No puedo cortarle el pelo a Sofía y Jan está calvo... Y se supone que soy una chica hecha y derecha que sabe defender sus ideas y a los chicos del calendario, con su ingenio, su trabajo y su buen hacer más que demostrado, ¿no?

Cuando entro en la sala, Salvador está sentado en un extremo de la mesa, al lado de Sofía, y por primera vez no hay una silla vacía a su lado. Al parecer hoy a todos nos ha dado por ser muy puntuales. Yo saludo a Vanesa, por suerte para mí se ha acercado a darme un abrazo y durante unos minutos hablamos de trabajo.

—Te he mandado un correo con el billete para Madrid y con los datos del piso que hemos alquilado para todo el mes.

—Gracias, eres la mejor.

Ella se ríe y desvía la mirada hacia Salvador y después hacia mí.

—Sé que no debería preguntarlo, pero ¿ha sucedido algo entre él y tú?

—No, nada. ¿Por qué lo dices?

Vanesa finge estar muy concentrada en la carpeta roja que hay encima de la mesa. Por el rabillo del ojo veo que Sergio acaba de entrar y que se une a la conversación de Salvador y Sofía. Jan está tecleando algo en el móvil. ¿Por qué no hemos empezado la reunión?

—Tal vez deberíamos hablarlo en otra parte —susurra—, pero le oí hablar de ti la noche de la fiesta de Sant Jordi.

Sacudo la cabeza, sin duda tengo que hablar con Vanesa en otro momento, pero ahora hay algo que me preocupa mucho más.

—¿A quién estamos esperando? ¿Por qué no empezamos la reunión?

La puerta se abre y aparece un hombre que vi hace años y que creía que estaba jubilado jugando al golf en Marbella o persiguiendo a bailarinas en Las Vegas. Lo primero que hago es buscar a Salvador con la mirada y le veo tan frío, tan hermético, que me entran ganas de acercarme a él y abrazarlo; lo cual, por supuesto, no hago.

—Buenas tardes, señor Barver, le estábamos esperando. —Sofía ha acudido a recibirlo oficialmente.

—Gracias, Sofía. Empecemos cuanto antes.

Todos nos sentamos, yo me quedo al lado de Vanesa y sigo mirando a Salvador. De repente él parpadea y es como si despertase de un sueño o de un estado hipnótico, como si se diese cuenta de dónde está y con quién. Me sonrío un poco, solo un poco, y yo le devuelvo la sonrisa. Pero entonces también entra Montse, la directora de la editorial Hermes, la editorial más potente del grupo Olimpo; la conocí en enero, cuando acompañé a Salvador a una reunión, y me bastó con esa vez para saber que no es una mujer de la que me pueda fiar. ¿Qué está haciendo aquí?

—Buenas tardes a todos —nos saluda Montse y, cuando veo cómo mira a Salvador, me entran ganas de volver a portarme como en la guardería. ¿Hay algunas tijeras por aquí?

Creo que Salvador me ha leído la mente porque me guiña un ojo. Tal vez no seremos ni amigos ni pareja, pero siempre le guardaré un cariño especial y creo que él también a mí.

—*Los chicos del calendario* ha captado mi atención —empieza el señor Barver—. Me pareció una idea absurda al principio. —¿Ese hombre tan desagradable es el padre de Salvador? Físicamente se dan un aire, eso por desgracia es más que evidente, tienen la misma constitución fuerte y la misma mandíbula. Pero allí acaban las semejanzas. A pesar de que Salvador también impone respeto y que nadie le acusaría jamás de ser el alma de la fiesta, desde el principio he sabido que había algo especial en él, quizás una promesa, pero el señor Barver solo da miedo.

—*Gea* ya no corre peligro, hemos aumentado la tirada y vamos a ampliar ciertos departamentos en breve —apunta Salvador como si nada.

—Y la página web y los vídeos también están generando mucho negocio —añade Sofía—. Estamos dándole vueltas a la posibilidad de lanzar también una *app* con contenido adicional.

—Sí, todo eso sin duda llamará la atención —dice el señor Barver; podría ser un halago, pero a mí me suena condescendiente, como una palmadita en la espalda.

—¿A qué has venido, Ricardo? —le pregunta entonces Salvador. Me imagino que está tan harto como yo de esa pantomima.

—Para variar te has olvidado de lo primordial para nuestro grupo, *hijo*.

—No, créeme, de eso no me he olvidado, *padre*. ¿Qué quieres? ¿A qué viene este repentino interés por *Los chicos del calendario*?

—Vamos a convertir *Los chicos del calendario* en un libro. Constatemos a un escritor para...

—No.

—Ni hablar.

Salvador y yo hablamos a la vez.

—*Los chicos del calendario* son propiedad de *Gea* y, por tanto, del grupo Olimpo. Podemos hacer con ellos lo que queramos y es una lástima que no tengan su propia novela. Hermes puede lograr que este proyecto vuestro llegue a otro nivel. A un nivel superior.

—*Los chicos del calendario* son propiedad de Candela. De Candela y de nadie más. Yo mismo me aseguré de que este punto quedase clarísimo en el contrato que firmó y nadie, ni tú, ni yo, ni nadie puede hacer nada al respecto. Y si no quieres que me replantee otros asuntos, te sugiero que no intentes nada.

—Tal vez *Los chicos del calendario* sean propiedad de la señorita Ríos —el padre de Salvador se dirige entonces hacia mí—, pero ellos pueden conceder entrevistas a otras personas y si una de estas personas trabaja para Hermes, para Olimpo, igual que usted...

—No será necesario —le digo. No sé exactamente qué está pasando, pero sé que tengo que detenerle—. No será necesario, señor Barver. Lo cierto es que estoy escribiendo una especie de diario.

Salvador se gira y me mira de un modo que me pone la piel de gallina.

—¿Un diario? —Creo que le ha cambiado la voz. No, estoy segura de que le haya cambiado la voz porque mi corazón está bailando una jota. ¡Para! Ya no nos ponemos así cuando él nos habla o nos mira, ¿de acuerdo?

—La idea del libro no me disgusta del todo —digo tras parar el baile aragonés que se estaba produciendo en mi pecho—. Pero creo que para sacarle mayor partido... —Ni yo misma me puedo creer que se me esté dando tan bien esto de improvisar. Me imagino como a una leona protegiendo a sus crías. Sí, sé que soy lo menos parecido a un león y que los chicos del calendario no son peluches, pero hace unas semanas vi *El libro de la selva* con mis sobrinas y es la imagen que me ha venido a la cabeza—. Creo que para sacarle mayor



partido deberíamos trazar un *planning* con el departamento de *marketing*.

Estoy sudando tanto que dentro de unos minutos empezaré a brillar.

—Sí, estoy de acuerdo con Cande —me ayuda Sofía y decido que cuando esta tortura acabe le daré un abrazo—. Podríamos sincronizar la publicación del libro con ciertos actos. Seguro que nuestros anunciantes estarán impacientes por figurar en ellos y podríamos elegir algún que otro patrocinador.

El señor Barver mira a Sofía fríamente.

—Prepáreme un informe detallado para la próxima semana.

—Por supuesto.

—Además —vuelvo a hablar porque veo que Salvador está cerrando los puños y que su padre arruga las cejas—, si otra persona entrevista a los chicos del calendario, es muy probable que ellos no confíen en ella o en él. Pasaron un mes conmigo, esa persona no dispondrá de tanto tiempo.

—En eso tiene razón, señorita Ríos. Veo que tal vez la he subestimado.

Salvador me mira y yo tengo que tragar saliva para continuar.

—Si lo ha hecho, no debería decírmelo, señor Barver.

Creo que él sonrío y en ese instante se me hiela la sangre. Este hombre me produce escalofríos, ¿cómo es posible que sea el padre de Salvador?

—Mándeles un borrador y un posible calendario de entregas a Montse a lo largo de este mes. Si su idea funciona, no buscaremos a nadie más. —Se pone en pie y todos hacemos lo mismo como si estuviéramos en el colegio. Todos, excepto Salvador—. Ha sido un placer verlos, buenas tardes.

El señor Barver se va con Montse pegada a sus talones, los demás estamos petrificados. Sofía es la primera en reaccionar, probablemente porque sea la que más experiencia tiene con este hombre.

—Será mejor que nos pongamos a trabajar. Si no queremos que el señor Barver se inmiscuya en *Los chicos del calendario*, no podemos dejarnos ni un cabo suelto.

—Cierto, muy cierto. —Jan recoge sus cosas—. Voy a ver si ya podemos colgar el vídeo del chico de abril.

—Y yo iré a asegurarme de que ninguno de los chicos de los meses pasados haya recibido ningún correo de Montse o de nadie de Hermes.

—Muy buena idea —apunta Sergio—; yo revisaré los contratos de Candela, si no te importa —me mira un segundo.

—Por supuesto que no.

Estoy abrumada, sé que Abril es mi mejor amiga y que mi hermana siempre ha estado a mi lado, pero desde enero estoy aprendiendo que, si confías en la gente y la dejas entrar en tu vida, corres el riesgo de que te hagan daño, pero también puedes tener la suerte, la increíble suerte, de encontrar a personas que se preocupan por ti como las que yo ahora tengo delante y los chicos que me han acompañado estos cuatro últimos meses.

—Gracias.

Cuando consigo decir esa palabra me doy cuenta de que estoy sola en la sala de reuniones con Salvador. Él sigue sentado y no empieza a levantarse hasta que nuestras miradas se encuentran en medio de la mesa y de todas las preguntas que quiero hacerle.

—Te has enfrentado a mi padre, Candela, eso ha sido una temeridad —suelta el aliento— y lo más impresionante que he visto en muchísimo tiempo. Has estado... —baja la vista y vuelve a levantarla despacio unos segundos más tarde—, has estado fantástica. ¿De verdad estás escribiendo?

—De verdad.

Tengo que centrarme en esa pregunta. Si pienso en lo que ha dicho antes, me entrarán ganas de volver a discutir con él y en algún momento tengo que parar de hacerme esto.

—¿Algún día me dejarás leerlo?

—Al parecer sí, si tu padre se sale con la suya.—Me vibra el móvil, lo llevo en el bolsillo y al sacarlo veo la hora que es y que si no me doy prisa llegaré tarde a mi cita con Marta y si mañana me voy a Haro...— Tengo que irme, Salvador. Lo siento.

Él parece estar a punto de decirme algo más, pero al final cambia de opinión.

—No te preocupes, Candela. Ya hablaremos.